

Entre un árbol y la casa desierta

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA

Parece evidente que los modos de manifestación cultural de un determinado periodo histórico, están en función directa de su coyuntura política; en estos tiempos de alternativa, el principio de recuperación se presenta como una constante obsesiva, que trata de paliar tiempos de silencio, o de evidenciar los espacios ocultos o marginados.

Josep Lluís Sert, arquitecto, urbanista y profesor, llega a Madrid bastante tarde, se presenta desde la distancia que media entre fechas con sabores amargos y significados con gestos de derrota, envuelto en una bruma de éxitos juveniles, de triunfos maduros, no exentos de la tentación polémica.

¿Recuperar? Difícil respuesta a esta palabra con tantos contenidos analógicos, rescatar o restaurar, integrar o desquitarse, reivindicar o redimir, cualquiera de ellos o ninguno, el hecho es que la obra de Sert, para estos tiempos y para estos lugares ha de ser una motivación polémica, porque polémica y en revisión están los contenidos racionalistas que animaron su obra.

En un reciente libro de H. Piñón (1) y comentando un trabajo de O. Bohigas del año 63 «Els Elements valids de la Tradició», señala: «La referencia a la Modernisme y al GATCPAC como movimientos arquitectónicos que coincidieron con sendos momentos históricos de indudable *brillantez colectiva*, crea el marco en el que se sitúan las adhesiones a una tercera generación postracionalista que de alguna manera estaría llamada a representar el tercer acto de una *comedia* ¿tragedia?, en la que Domenech i Muntaner y Sert habrían sido los protagonistas de los dos primeros».

¿Qué significado puede tener la exposición de la obra de J. L. Sert en la encrucijada revisionista del racionalismo? Dejando al margen la intencionalidad de sus organizadores, cuyas motivaciones evocan otras alusiones, en la figura de Sert se define con precisión la trayectoria seguida por el primer racionalismo europeo, la evolución de su sentido iconográfico, el desarrollo de sus ilustraciones programáticas, las aspiraciones de sus contenidos sociales, el triunfo y el fracaso de una revolución de acontecimientos funcionales y tecnológicos de la arquitectura moderna.

La biografía arquitectónica de J. L. Sert viene inscrita en los parámetros que marcan el nacimiento, desarrollo, consolidación y disolu-

(1) *Arquitecturas Catalanas*. Heliodoro Piñón. *La Gaya Ciencia*.

ción del primer racionalismo, aunque, como todo pionero, pretenda rechazar razonablemente el hechizo del fracaso, por aquel principio de adhesión al dogma, en última instancia como ha señalado Colin Rowe, la arquitectura moderna pretendía ser considerada simplemente como el inevitable resultado de las circunstancias del siglo XX.

Sert inicia muy joven sus trabajos con Le Corbusier (1929-30); son años de la consolidación del *movimiento moderno*, circunstancia que proporciona a Sert un encuentro con la nueva sensibilidad de época (*esprit nouveau*) y una relación directa con los problemas sociales y humanos de su tiempo. De este período surgen los proyectos para la Casa Bloc, la casa de la calle Muntaner (1931), el Instituto Antituberculoso (1935), todos ellos dentro del ámbito del panorama catalán.

La vivienda y el ambiente urbano fue preocupación prioritaria en los encuentros del CIAM (Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna), en los que el talento organizador de Sert, presentado por Fernando García Mercadal, tendría un puesto importante como secretario de los diferentes encuentros internacionales. El pensamiento ideológico y los presupuestos teóricos allí abordados serían canalizados a través de gestión en la revista AC (*Arquitectura Contemporánea*), proyectos como la *Ciudad de Reposo*, *El Plan Maciá*, para Barcelona, artículos y un importante desarrollo programático cristalizaría en un grupo de tendencia tan significativo como el GATCPAC, donde la capacidad integradora de Sert junto a Torres Clavé, haría posible que el M. M. tuviera en España, y de manera más específica en Cataluña, una aportación valiosa y considerable en el plano internacional.

Si los esfuerzos del CIAM se dirigían a evidenciar la idea de que la arquitectura es parte esencial del ambiente significativo donde vive el hombre, y la posibilidad que el espacio arquitectónico tiene como opción a una nueva identidad, en estos trabajos iniciales de Sert resultan evidentes.

El Pabellón de la República Española (1937), en colaboración con Luis Lacasa, sería una oportunidad para señalar (al margen del soporte propagandístico que el marco significaba con las aportaciones de Calder, Picasso, Miró, Alberto...) la ambición socialista solidaria con la ideología reformista del racionalismo, enfrentado decididamente durante este período a los postulados e insinuaciones de lo que posteriormente sería una descarada usurpación por parte del capitalismo ilustrado.

Josep Lluís Sert se incorporó a la obligada diáspora emigratoria que supuso en la Europa de los años 39 una filiación racionalista. Mies van der Rohe, Gropius, M. Breuer..., no mencionaremos, en aras de la buena educación democrática, lo que el credo racionalista comportaba para algunos arquitectos en la España de los años 40. Una breve estancia en América del Sur le proporcionaría la posibilidad de poder traducir en nuevas propuestas de diseño urbano, los conocimientos adquiridos junto a Le Corbusier en la redacción de la Carta de Atenas.

En un pequeño puerto industrial de la costa peruana, Sert, en colaboración con Wiener, dejaba patente en Chimbote (1948) los postulados de la trama zonal, dentro del marco urbanístico-arquitectónico de la planificación humanista que preconizaban los CIAM; más tarde Lima, Medellín, Bogotá, La Habana (1955), serían ocasiones y temas para un desarrollo práctico de los principios ideológicos del urbanis-

mo de los CIAM, aunque no todas estas propuestas abundaban en cometidos análogos.

Los interrogantes en torno al diseño urbano seguían patentes en el trabajo americano de Sert; su libro «Can our cities survive?», es particularmente elocuente en este sentido. La presidencia de los CIAM en el Congreso de 1947 (Bridgewater) le incorporaría una dedicación plena en torno a los problemas urbanos, al mismo tiempo que iniciaba el desarrollo de actividades pedagógicas en colaboración con los arquitectos europeos emigrados en Estados Unidos.

En Harvard, invitado por W. Gropius, realiza una actividad pedagógica, y sería en esta Universidad donde podría disfrutar de uno de los decanatos más largos de la historia académica norteamericana. A Sert se deben los programas de introducción y el desarrollo del Diseño Urbano en USA, conocimiento propuesto como alternativa cualitativa de ese cajón de sastre que en ciertos sectores de la ciencia urbana ha significado el planig.

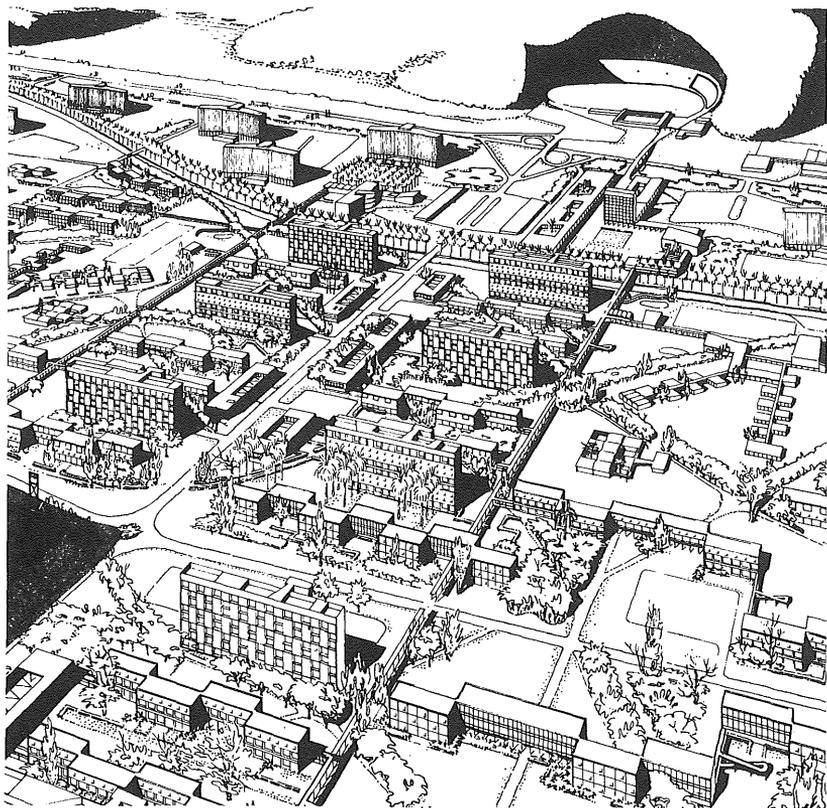
Sus trabajos han recorrido en América el itinerario desencantado del trasplante que experimentó el racionalismo europeo en aquellas tierras. Los postulados arquitectónicos que concebían la arquitectura moderna como una respuesta racional, alejada de la ilustración de principios de siglo, en USA no tuvo mayor incidencia que una válida aproximación para el desarrollo de las nuevas técnicas constructivas, las connotaciones morales, éticas y la componente revolucionaria que llevaba implícito el protorracionalismo europeo fue asimilado en América como un estilo, más decorativo que innovador de las nuevas formas de vida. La arquitectura moderna se presentaba en términos de un funcionalismo constructivo, no en vano F. Lloyd Wrigth vivió al margen, pese a poseer el mensaje más cualificado de la arquitectura contemporánea. Es evidente que a la modificación de los significados siguió la adulteración de las formas, y esta tergiversación de contenidos tal vez explique, en parte, los resultados inocuos de los maestros constructores en América.

El racionalismo europeo fue una síntesis, o al menos pretendió serlo, de los postulados de un grupo que propugnaba unos presupuestos más morales y éticos que pragmáticos; en su conjunto representaba la suma de individualidades, el temperamento y las viejas aspiraciones de un pensamiento filosófico, iniciado a finales del siglo XVIII y principios del XIX, empeñado en simultanear historia y ciencia, tiempo y espacio, en una entidad biunívoca y transformadora del medio social del hombre. Positivista e ilustrado, vitalista y dialéctico, este pensamiento amparado y sustentado en parte por las intuiciones plásticas de los artistas figurativos, se presentaba contradictorio en sus relaciones con la historia y demasiado idealizado para un trasplante de soporte tan subjetivo. La propuesta parecía demasiado ambiciosa, aunar sentimiento y razón en un contexto pragmático, y el individualismo romántico de los pioneros, como suele acontecer, tuvo que ceder ante los postulados del *laissez faire economico*, que enardecía el creciente capitalismo industrial y tecnológico americano. La razón europea se transformaba en inocente funcionalidad y las formas de la arquitectura cambiaban de significado sus diseños; éstos aparecían como estrictos *objetos de cambio*, los buenos deseos se transformaban en convicciones aparentes, la forma arquitectónica como simple mercancía, denigraba la historia primigenia de lo que pretendió abordar el recurso racionalista.

La obra de J. L. Sert ha vivido la vanguardia de una epifanía arquitectónica que alumbró el primer racionalismo con dignidad y elocuencia y ha sufrido en América la misma suerte que por la que discurrieron sus dogmas. La transformación histórica del espacio colectivo de la ciudad industrial no podía obtenerse desde una matriz plástica y su correspondiente interpretación formal, apartados ambos implícitos en el movimiento moderno. La disolución del espacio colectivo en la ciudad monopolista contemporánea ha hecho evidente la tesis capitalista, de hecho se hace *transferible*, al ser el suelo y las estructuras que lo planifican *objetos de libre cambio*. La arquitectura nacional que propusieron los maestros constructores pretendía recuperar una identidad formal y a través de ella transformar el espacio habitable del hombre más allá de sus convenciones funcionales, intentando construir la ciudad racional de las sociedades actuales.

La recuperación historicista de las *nuevas tendencias* persiste en una actitud semejante, aunque su crítica radical se vuelva contra el mensaje de sus progenitores, los nuevos modelos iluministas y neoclásicos de los arquitectos ilustrados así lo manifiestan, arquitecturas estas últimas denominadas de la *ambigüedad*, más atentas de aquello que de ellos se dice, que de la propia virtualidad que las construye.

El discurso arquitectónico que nos presenta y representa la exposición de la obra de Sert manifiesta perfectamente la contradicción y el esfuerzo del primer racionalismo, al margen de las mitologías, parece evidentemente claro que el arquitecto debe recuperar el viejo postulado de que es precisamente la vida la que sustenta la expresión. ■



Cidade dos Motores. Brasil, 1945. Perspectiva aérea del sector residencial.